

## Jalisco, ocaso de un protagonismo

Lic. Armando González Escoto

Este trabajo es en realidad la síntesis de una investigación todavía en curso. La razón de hacerla y el método seguido surgieron de nuestra realidad cotidiana que, bien mirada, siempre nos interroga. Las preguntas que desde entonces se vienen generando han seguido este tenor: ¿Por qué estamos más familiarizados con el escudo nacional que con el escudo del estado así dicho, libre y soberano de Jalisco? ¿Por qué podemos dibujar a ojos cerrados el mapa de México, y no así el de Jalisco? ¿Por qué hay toda una serie de personajes de los cuales sabemos tanto, por más que no nos hayamos beneficiado de sus obras? ¿Por qué razones en el amplio calendario de las fiestas cívicas, no hay ninguna que tenga que ver con las efemérides que fueron decisivas en la consolidación de nuestro estado? Ciertamente existen monumentos y diversos lugares que llevan los nombres de nuestros personajes más notables, pero aun así, para el ciudadano ordinario, son sólo nombres que no les dicen nada o le dicen muy poco. La identidad prehispánica de nuestra tierra, las circunstancias en que se desarrolló su incorporación a España, los grandes logros virreinales, las condiciones y la fecha de nuestra independencia, el cómo y el porqué de nuestro surgimiento como Estado, aun la comprensión justa de lo que significa formar parte de un Estado, dentro de una república federal, son todas realidades que se han ausentado de la conciencia social cotidiana de nuestra gente. ¿Cuál es pues la explicación, que no justificación, de este fenómeno?

Las respuestas han exigido desde el principio un estudio de carácter interdisciplinario; desde luego, la historia, pero también el estudio el análisis de las ideologías, de los sistemas políticos y económicos, el aporte de la sociología en lo relativo a la explicación de las culturas, de la forma en que se construyen, sus dimensiones y alcances, así como las identidades que diseñan, la simbología que éstas generan, su función e importancia, y las consecuencias que trae consigo su alteración o sustitución, fortaleciendo o debilitando su protagonismo natural.

Y puesto que justamente he incluido en el título de este trabajo el concepto de *protagonismo*, deseo precisarlo de antemano, ya que con frecuencia tal término ha tenido un significado peyorativo. En lo personal me apego a su semántica original que supone los términos agonía y primacía, agonía entendida como lucha, como combate, que acompañado del prefijo “protos”, nos habla de aquel o aquellos que en el esfuerzo de combatir se inscriben en la primera línea, conquistando así el papel principal en la escena de la vida.

La sociedad que a principios del siglo XVI se fue fraguando en el Occidente mexicano, definió su protagonismo no en contra de o frente a, sino en función de consolidar un proyecto social que satisficiera las necesidades propias de la comunidad, en la línea de la prosperidad material, del crecimiento intelectual, de las virtudes trascendentes, de la recta administración pública, y de su consecuente expresión a través de las múltiples dimensiones de la cultura. Las claves esenciales para lograr sus fines, se cifraron en el

principio de la *autonomía*, en el fomento de la empresa, en el desarrollo de la propia religiosidad, y en la configuración de rituales sociales que arraigaron a su gente, contando con el beneficio circunstancial del aislamiento geográfico, y del fuerte ascendiente autonomista hispano.

Para soportar esta construcción social, se fue cimentando paulatinamente la conciencia histórica regional, que no es sino conciencia del ser que se ha sido, fruto del enfrentamiento habitual con la naturaleza y con los avatares del tiempo; conciencia entonces del ser que se ha logrado ser y, por lo tanto, conciencia del ser al que todavía se puede aspirar a ser, con base en lo que se ha obtenido.

Fruto de este empeño fue el surgimiento de una cultura local, espacio adecuado a las dimensiones del hombre, en el cual encuentra respuesta a sus preguntas básicas, así como un proyecto maestro en el cual inscribir, con sentido, los propios proyectos personales. Conciencia histórica y cultura regional serán enseguida sintetizados en el lenguaje de los símbolos y de las fiestas, tanto de carácter civil como religioso. Cuando el obispo De la Mota y Escobar nos describe la Nueva Galicia que cabalga entre los siglos XVI y XVII, aquel mundo nos parece un archipiélago de empresas e intereses individuales, aislados, inconexos, que responde a las preocupaciones de inmigrantes nómadas, de asentamientos fortuitos, de proyectos personales, de gente de paso que únicamente busca mejorar sus condiciones de vida, al margen de la cultura. Siglo y medio después las cosas se han modificado sustancialmente; el célebre historiador tapatío, Matías de la Mota Padilla, no sólo es cronista atinado que describe un paisaje social diverso, sino un ejemplo de la conciencia histórica adquirida, La Nueva Galicia de Mota Padilla es ante todo una sociedad con sentido, con dirección, con un proyecto común que busca su engrandecimiento por que ya existe un sujeto social al cual promover, se trata de un reino, de una comunidad finalmente arraigada y afianzadora que detecta con claridad los límites que estructuras inadecuadas le imponen, así como las posibilidades reales que tiene para continuar construyéndose.

El propio cronista es a la vez ejemplo de los grandes logros alcanzados en el campo de la conciencia histórica, de la identificación con el grupo y con sus metas. Este reino tan celebrado por el autor y sus contemporáneos, debe sin embargo seguir luchando, seguir protagonizando, a fin de llegar a nuevas conquistas, siempre en función de su propia comunidad; así la aspiración en pro de una Universidad, de un Consulado de Comercio, de la imprenta y tantos otros ideales nacidos del proyecto regional, y que efectivamente se van logrando.

Tres siglos de lucha, de protagonismo en función de formar esta sociedad se tradujeron luego en la conquista de su independencia, fruto maduro y oportuno de la regionalidad fomentada por la Nueva Galicia y que te hizo florecer en Jalisco libre y soberano de los principios, justo en el día en que celebraba su principal fiesta religiosa, es decir, un 13 de junio.

Gracias a este impulso virreinal, la sociedad regional pudo diseñar no solamente su emancipación, sino las formas y los modos por medio de los cuales se incorporó, finalmente, a la naciente República Mexicana. El federalismo fue entonces la propuesta; a

imitación de los Estados Unidos de Norteamérica, sí, pero ante todo, como consecuencia lógica de la identidad lograda en la etapa precedente, y que valía la pena salvaguardar. En ese sentido, cuando el conocido historiador Carlos Alvear Acevedo afirma que el federalismo dividió lo que el virreinato había unido, se equivoca de lado a lado, o dicho de otro modo, se equivoca de Guadalajara a Guatemala; el federalismo jalisciense era ni más ni menos el camino para que una rica identidad no naufragara en el marasmo del incipiente uniformismo centralista que pugnaba por imponerse a todas las regiones que por propia voluntad o bajo presión, habían decidido formar parte de este país. Los acontecimientos posteriores mostraron tanto la buena fe de los jaliscienses, como su ingenuidad, pues con el paso de los años aquellos fervientes defensores de la autonomía regional acabaron siendo colaboradores decididos del régimen centralista, que a partir del Porfiriato se afianza irremisiblemente.

Es en esas décadas del pasado siglo que se fueron acumulando las medidas adecuadas para convertir nuestra autonomía en una quimera, so pretexto de una unidad nacional, más ideológica que real, más preocupada en la obtención de beneficios económicos y políticos partidistas, que en el verdadero desarrollo del país.

El Jalisco fuerte, emanado del virreinato, debió afrontar con éxito relativo el primer proyecto debilitador fraguado por el sistema centralista, la desmembración territorial, que pretendía separar del Estado a sus principales cantones, entre otros fines, para quitarle un acceso propio al mar; Colima y Tepic cedieron, pero otros no, favoreciendo la conservación de una extensa costa, a la cual, hasta el presente, no se puede sin embargo acceder con facilidad. Contemporáneamente, se procedía a la elaboración e imposición de una única historia nacional, plagada de prejuicios y que, entre otras cosas, fue marginando la historia de Jalisco y de los demás estados de la Federación. De esta forma nos convertíamos en simples repetidores de la historia oficial, en la que rara vez se reflejaba nuestro ser: la educación oficial, el discurso político, las festividades tanto cívicas como religiosas, las múltiples nomenclaturas de calles, plazas, jardines, escuelas, mercados, etc., todo comenzó a girar en torno a una patria que para serlo creyó indispensable ahogar en la indiferencia el ser y el quehacer de la conciencia histórica regional.

Por eso el presente estudio nos enfrenta a otro fenómeno, el de la ideología, y concretamente, la ideología nacionalista, el nacionalismo mexicano tal y como ha sido diseñado, copiado o alterado en nuestro país. Ciertamente el término “ideología” puede tener diversas acepciones, yo elijo una que le hace pariente cercano del mito, es decir, elaboración intelectual que modifica, altera o sustituye los datos reales, para que la suma ofrezca resultados adecuados a un propósito preconcebido. La manipulación ideológica no es, pues, gratuita, surge de una elaboración y persigue fines que en un momento dado puedan justificarla.

En nuestro caso, los ideologizadores se fijan una meta, a primera vista, justa e impostergable, crear la conciencia de la mexicanidad y fortalecer la unidad de la patria, sólo que entendiendo ambos aspectos de manera parcial y mitológica. Este empeño va en aras de fortalecer el hecho consumado de la independencia, pero lo hacen de manera maniquea: el virreinato fue malo, por eso hay que llamarlo, anacrónicamente, “Colonia”, la Independencia, en cambio, es buena y lo es de manera absoluta; ya el historiador y político,

José María Luis Mora, denunciaba y criticaba ese manejo, sin que en este puntos fuese escuchado. Si el virreinato fue malo, la era prehispánica debía ser por lógica, lo mejor y lo excelente; pero el toque mágico de los ideólogos nacionalistas fue la exaltación no de la época prehispánica, sino principalmente de los aztecas, por el hecho puro y simple de haber sido ellos los fundadores de la Ciudad de México; por ello, podían aparecer también como los fundadores de la raza mexicana, y de la misma nacionalidad, a despecho de los olmecas, de los purépechas, de los toltecas y de los mayas que vinieron a quedar como meros satélites del gran planeta mexicana. Pero porque precisamente los aztecas fueron conquistados, se convirtieron en héroes, héroes trágicos, solamente ellos, mientras los conquistadores españoles aparecían sin más, como verdugos. Fue así como se estableció el gran mito fundador del México independiente, y toda la gente nacida en este país debió llorar la cobardía de Moctezuma y admirar la valentía de Cuauhtémoc, pasando por alto la historia de alianzas y resistencias del resto de los muchos pueblos indios que existían en el territorio, pero que no habían tenido la suerte de ubicarse en la única pantalla posible de la historia mexicana, el valle del Anáhuac.

Pero, vaya, la unidad nacional bien valía la pena; fortalecerla se constituyó de inmediato en el discurso más socorrido del pasado y presente siglo, pero también el más demagógico y ambiguo, ya que la frontera entre unidad y uniformismo rápidamente acabó por confundirse. El México unido de la ideología nacionalista es un México monocromo, que en todos los aspectos ha nacido en el valle del Anáhuac, desde donde se han derramado sobre la nación todo tipo de beneficios, mismos que justifican y avalan el que toda la nación viva postrada, como permanente tributaria, en espera de que su presente y su futuro sigan siendo diseñados desde allá, e impuesto luego de frontera a frontera. El nacionalismo mexicano ha jugado así una partida ambigua, integra desintegrando, une uniformando, fortalece debilitando, nacionaliza centralizando.

Y en tanto la patria mexicana agradece tantos servicios provenientes del centro, permanece estancada, mirando complacida cómo la ciudad capital se convierte en la ciudad de los palacios, de los rascacielos, de los grandes museos, de las muchas universidades, los abundantes teatros, los complejos viaductos, las basílicas nacionales y, por mucho tiempo, la puerta única para entrar o salir del país, pues en la así llamada “provincia”, no hay recursos para ofrecer un desarrollo semejante; cualquier “provinciano” que realmente quiera destacar, se ha de ir a México, incluso si desea volver a su estado, como gobernador o afamado artista. Excepción a esta norma, y sólo hasta cierto punto, lo será Jalisco, cuando la inercia de su original protagonismo, se mantenga. De cualquier manera, los resultados finales de esta forma de entender la unidad, la patria y la nación, saltan a la vista: los mayores recursos del país se concentraron en la capital federal, los estados se volvieron simples tributarios, perdieron su autonomía política y cultural, carecieron de recursos para desarrollarse de manera armónica, esperándolo todo no de sí mismos, sino de la benevolencia del centro, dador universal de oportunidades, promociones y capitales. Es verdad que las comparaciones son odiosas, y lo son tal vez por las verdades que revelan; me permito hacer una para evidenciar en los hecho los resultados de sistemas bien o mal llevados: los Estados Unidos de Norteamérica observan un régimen federal, estado por estado hace ondear su bandera, junto con la bandera de la Unión, su Distrito Federal, es eso, un centro administrador de la federación, no capitalizador de sus recursos. Sin trabas ni artimañas, cada región ha tenido la posibilidad de desarrollarse y lograr un progreso global.

En este vecino país no existe una única urbe en torno a la cual giren las demás, como sus pequeños satélites, por el contrario, las grandes ciudades pueden hallarse de costa a costa, y aun en la ciudades menores, es posible encontrar los medios y estructuras convenientes a su crecimiento en el orden de la cultura, la educación, la empresa, etc. Nuestro país es también una república federal, pero precisamente, porque no ha creído en su sistema y lo ha traicionado permanentemente substituyéndolo por un centralismo asfixiante, los resultados son del todo diversos, pero lógicos con el sistema real impuesto.

Pero es obvio que este proyecto no habría sido posible sin el auxilio de una poderosa maquinaria educativa, expresada en todas sus diversas vertientes, así: el civismo, la educación escolar, la cultura privilegiada, y hasta el catecismo religioso. Esta maquinaria educativa ha necesitado primeramente crear el tipo de público receptor capaz de aceptar sin crítica el contenido de dicha educación. Hay cosas que solamente se pueden creer cuando nuestra mente ha sido “programada” para creerlas, como lo demostrara, entre otros, McLuhan, en el presente siglo. Como efecto de esta programación fue fácil que todos acabáramos por aceptar que un tarahumara, un huichol, un criollo alteño y un mestizo yucateco, eran todos de raza mexicana, por que la unidad racial era considerada elemento esencial de la unidad nacional, así lo dictaban los ideólogos del nacionalismo europeo, así debía ser también para México, pese a la realidad, y en función de fortalecer la preminencia del centro, pues esa única raza no fue la zapoteca o la maya sino, casualmente, la azteca. En esta extraña transmutación racial ha tenido especial importancia nuestra ignorancia acerca de lo que realmente significa la palabra “raza”. La credulidad, que lleva a admitir que algo es verdad por la autoridad considerada indiscutida de quienes lo afirman, tenía también su interés. Muchas otras cosas hemos aceptado por este mismo método, y siempre en aras de una meta demográfica, una unidad que invariablemente se ha traducido en uniformismo.

En efecto, la conciencia histórica mexicana en el campo del origen y de su desarrollo, vino a ser oficial y monolítica. Mucho antes de la aparición de las computadoras y de sus programas, nuestras instituciones tomaron clara conciencia de los alcances que tiene poseer la exclusividad en materia de educación, y a partir de esta conquista o acaso usurpación, verter el concepto oficial de mexicanidad en las mentes de cuantos hubiesen nacido dentro de nuestras fronteras. Habría que preguntarse si la educación se hizo entonces aliada de la ideología, y más que suscitar inteligencias críticas, generó sociedades pasivas, memoristas, que debieron aprenderse la historia patria con tanta o más fe que la exigida en el catecismo, para de esta forma justificar el hecho consumado del centralismo. Si todo nuestro pasado ha surgido allá y no somos sino el fruto de cuanto en aquella región ha ocurrido, siglo por siglo, lo mismo en el orden natural que en el sobrenatural, ¿cómo no explicarse que la ciudad capital sea lo que es, y deba seguir siéndolo?

Lamentablemente este aprendizaje, además de ser tan parcial y subjetivo, fue paulatinamente marginando lo que otrora fuera la conciencia regional. Al desdibujarse en la conciencia social el sentido del propio origen, se anuló la posibilidad de crear proyectos de crecimiento regional, ya que lo importante era la patria, no el lugar en que se vive. Expresado de diversa forma, la conciencia histórica fomenta el amor a un proyecto social, el individuo se ve reflejado en el grupo, busca su prosperidad no a costa sino en favor del grupo, pues lo trasciende y le da garantía de perpetuar su participación; sólo se puede aspirar a ennoblecer y desarrollar una región, cuando sus habitantes se identifican con ella y

asumen como su propia tarea trabajar por su prosperidad, convertirla en un espacio habitable para todos, desde el cual se proyectan valores y símbolos que se defienden y promueven, por que expresan la identidad social del grupo.

A este respecto, recordemos que el programa educativo centralista se apoyó igualmente en la simbología, pues desde los orígenes de las culturas humanas, los símbolos han tenido una sólida función sintetizadora, histórica y social. Con demasiada frecuencia un símbolo puede incluso modificar una identidad grupal, si se le maneja “adecuadamente”. Desde luego, son diversos los símbolos usados en el proceso uniformador mexicano, pienso de momento en el escudo nacional; su diseño nos trasmite una síntesis de origen, del origen de un pueblo, el pueblo azteca, y de diversos elementos asociados a él, tanto en el aspecto cultural como en el histórico, nos habla de la grandeza de ese pueblo y de su trágica conquista por españoles y tlaxcaltecas; evidentemente no nos dice nada de las comunidades indígenas de Jalisco, de su origen y desarrollo, o del modo en que se relacionaron con los españoles; en la medida que el escudo nacional se vuelve en Jalisco omnipresente, acaba, en la práctica, sustituyendo la conciencia histórica jalisciense, por una versión elaborada en la capital federal; el efecto será mayor si a tal omnipresencia se le añade una ausencia casi sistemática de símbolos regionales, que aun dejándose ver por aquí o por allá, al carecer de un sustrato educativo que los explique, se vuelven símbolos mudos. No significa esto que se deba prescindir de los símbolos nacionales, pues tienen su función propia dentro de su legítimo contexto, lo que señalo es la desproporción que se da entre unos y otros y el efecto que ello produce en detrimento de la conformación de una sociedad regional realmente identificada con su propio ser histórico.

Si a este proceso desintegrador aunamos el fenómeno de la inmigración masiva, y la ausencia en la práctica de una formación cuidadosa, creativa y constante en el conocimiento y aprecio de los que somos, el actual debilitamiento de Jalisco se hace explicable y nos permite hablar del ocaso de un justo protagonismo que habiendo sido tan dinámico y fructífero, hoy aparece aletargado.

Qué poco podrá importar entonces a las grandes masas que habitan Guadalajara, la realidad aquí descrita; cuán ausentes de una conciencia regional se hallan con frecuencia sus numerosos municipios, que incluso se conforman con cultivar un regionalismo localista al margen del conjunto; y mientras la conciencia duerme, el Estado y su gente se convierten en la gran maquiladora, en el supermercado regional, en la zona residencial para vivir cómodamente, ignorando lo que afuera ocurra con Jalisco y con su cultura. Acaso nos hemos convertido en aquellos que en el convite nacional ponen la música y la bebida, pero ya no siempre las ideas, las iniciativas, el impulso político, empresarial, educativo y cultura.

Evidentemente, el discurso acerca de la regionalidad como conciencia y como proyecto puede lindar las fronteras de la “ideología del destino”, y en esa aparente confluencia suscitar los prejuicios propios que tal ideología produce, sea porque en el pasado generó graves aberraciones, o por que a la luz de la llamada postmodernidad, un tal planteamiento parece carecer de actualidad.

En cuanto al primer punto, conviene precisar diversos aspectos. Debemos distinguir primeramente nacionalismo de nacionalidad, aquél es más ideológico que real, ésta es en

cambio un marco de relación y desarrollo, en principio aceptada. Esta nacionalidad no ha de entenderse desde un romántico aspecto ontológico, sino en una versión actual de compromiso cívico, de pacto jurídico y por mismo condicionado, cuya justificación radica en la búsqueda y realización de una auténtica promoción igualitaria de individuos y sociedades; bajo el concepto “pueblo mexicano”, tan caro al nacionalismo ideológico, será siempre posible la conducción paternalista y acrítica de las personas; bajo el concepto “sociedad cívica” es el ser humano quien asume la conducción de su destino, realiza su proyecto comunitario, contrata a sus gobernantes, les pide cuentas, les exige resultados, les impide vender la soberanía estatal por curules federales, a la vez que actúa corresponsablemente tanto hacia el propio estado, como hacia los demás estados de la Federación.

Por lo mismo, al hablar del rescate de la conciencia histórica en función de la región en que se vive, más que incidir en el regionalismo hay que hablar de regionalidad, en ese espacio intermedio entre el capillismo autonomista y las macrosociedades nacionalistas, extremos paralizantes del desarrollo social. Ciertamente, el regionalismo fanático ha llevado, en otras latitudes, a guerras étnicas o separatismos debilitantes. En tanto que el macronacionalismo en México, como seguramente en otras partes, ha venido produciendo un masa abigarrada, amorfa, cuya identidad histórica se reduce simplemente a sus peculiaridades folclóricas y gastronómicas. El conocimiento del pasado, las claves de la regionalidad, se vuelven patrimonio de élites eruditas que nunca llegan a modificar el calendario de las fiestas cívicas, ni a poner límites a la agresiva simbología nacionalista; esta misma supervivencia de la conciencia histórica observada en las élites, también se vive, de manera consecuentemente inconsciente, en la religiosidad popular generada por los otrora célebres santuarios de la Nueva Galicia y que hoy, como todo, ocupan en su propia casa un lugar secundario, supeditado a la supremacía avasallante del centralismo.

Rescatar la regionalidad no es por tanto ir en contra de la nación, o a favor de proyectos autonomistas, sino en contra de procesos desintegradores de los espacios culturales humanos locales, que por nuestra misma condición no pueden ser macros, ya que estos masificarían y anularían la creatividad humana al igualar su energía. Esto, como sabemos, es incluso una ley de la física, ya que la igualación de la energía en el universo conduce a la extinción de la vida.

En cuanto a la sociedad postmoderna, la pregunta obvia es: frente a la construcción de la aldea global, ¿tienen futuro las comunidades regionales? Todo depende del concepto de globalidad que se maneje. Si estamos hablando de una globalización nulificadora de individuos y sociedades, orientada exclusivamente al intercambio y mercadeo de ideas, valores monetarios y productos, hablar de comunidades regionales es efectivamente innecesario, ya que una tal globalización suprime fronteras, anula identidades, sustituye las interpretaciones culturales inmediatas por una cultura virtual descendente. No es, pues, la cultura que hace el ser humano, sino una cultura que se hace para la humanidad desde una computadora universal. Esta globalización, sin embargo, no sería sino la reedición del feudalismo medieval, pero ahora aplicado en dimensión mundial y ajena por completo al concepto humanista de la organización social.

Dentro de un concepto humano de la globalización, en cambio, las sociedades regionales no solamente son importantes, sino decisivas, puesto que conservan y profundizan su función como generadoras de espacios de proporción humana, desde los cuales los individuos se arraigan e identifican, capacitándose para ser agentes inteligentes dentro de la globalización y no meramente maquiladores de proyectos o programas generados en el eje norte, o en las ciudades capitales de las construcciones meganacionalistas.

Afortunadamente, hace ya algunos años comenzó a darse en Jalisco una reacción a esta nulificación de la identidad regional que había llevado incluso a la supresión de la enseñanza de la historia y la geografía regionales en las escuelas. Pero en tanto esta nueva lucha se afirma, son evidentes los signos de nuestro debilitamiento en campos tan decisivos como la banca, un campo en el cual Jalisco ha desaparecido; la industria, tan duramente afectada sea por las crisis recurrentes, por estrategias o claudicaciones; los medios comerciales de comunicación, especialmente los televisivos, que por disciplina empresarial deben ajustarse a los dictados de sus detentores; la participación de los jaliscienses en la política nacional, cada vez más pobre; la falta de liderazgo dentro del propio Estado, y en diversos campos de la existencia social; la producción de la cultura, siempre agobiada por limitaciones de diverso tipo, aunque sin desfallecer; y la misma religiosidad, aún empeñada en promover el centralismo a toda costa, bajo los más piadosos pretextos y sin lograr advertir las secuelas negativas de una aparente buena iniciativa.

Si en el convite nacional Jalisco debe hoy solamente poner la música y la bebida, bien puede obedecer a una posible degradación: de Estado libre y soberano, ha venido a ser o una colonia más del Distrito Federal, o la maquiladora número dos del país, una tierra para contratar mano de obra a buen precio. Desde luego Jalisco sigue produciendo ideas, impulsando empresas, generando proyectos, pero con frecuencia se trata de iniciativas disparadas que no logran integrarse en un plan maestro de desarrollo integral del estado, y que por lo mismo no han bastado para frenar su desintegración regional. Evidentemente, hablar de un plan integral exige el rescate de la conciencia histórica, no a escala de élites, sino de programas de difusión y educación, en todos sus niveles y formas, que contribuyan a formar sujetos conscientes, y por lo mismo, que consoliden un sujeto social, protagónico en aquellas tareas que los actuales tiempos exigen.

El protagonismo que se acaba y el protagonismo que debe resurgir, no son una romántica añoranza, sino una respuesta urgente lo mismo frente a un nacionalismo masificante y uniformista, que frente a una globalización igualadora, que debe asumirse de manera crítica y dinámica. Esto sólo puede lograrlo un verdadero sujeto social que de nuevo conquiste el primer sitio en el combate por crear sociedades maduras, identificadas con su ser y su quehacer. Éste ha sido el protagonismo histórico de Jalisco y es hoy la clave de su futuro, de su perpetuación como cultura regional que vale la pena salvaguardar.